

Doña Lupe. — ¡El señor *Madaleno* fue un santo y yo le rezaré en las noches, como a San Dimas!

No despego los ojos del libro ni me cuido para nada de los marchantes.

—Cuartilla de almendras.

—No hay.

— ¡Allí están, en aquel pomo!

—Sí, pero no las vendo —grito indignado, porque me interrumpen en lo más emocionante del relato. Y el comprador se sale despavorido, pensando que me he vuelto loco...

A mi padre no le agradan estas líricas expansiones y me repite siempre lo mismo: *El que tiene tienda que la atienda, y si no, que la venda.*

LA TERTULIA.

Llega mi compadre Perea, coloca sobre el mostrador su sombrero, que tiene más grasa que una paila; tuerce un cigarrillo de hoja, humedeciéndolo con la punta de la lengua, y me suelta la misma pregunta de todos los días:

—¿Hay algo de nuevo, compadrito?

Yo sigo llenando alcatraces de arroz y le respondo con las palabras de rutina:

—Lo que usted me cuente.

Es mi compadre un hombre de cuarenta años, de cuerpo desgarrado y contrahecho, cuyas deformidades se acentúan más con el desaliño que tiene para vestir, pues la chaqueta apenas le cubre el trasero y los pantalones de trabuco exhiben un par de piernas, delgadas y nudosas, como sarmientos. Una boca grande y gruesa, de un vivo color de sandía; unos dientes blancos y limpios, como granos de maíz tierno; un bigote

que parece un helecho salvaje y unos ojos inteligentes y expresivos, podrían completar la filiación de Perea.

Ha sido boticario y fabricante de productos químicos e inventor de unos sinapismos de mostaza —que por lo que pican deben ser de mostaza inglesa— y de unos bizcochos purgantes, tan inofensivos, que su chico Tintín se comió media docena de ellos sin que una sola vez hubiera deyectado, no obstante las carreras y los aspavientos de su progenitor. Perea se dice liberal y enemigo de los curas, pero esto es mentira. Es un liberal teorizante, como tantos, que carecen del valor civil para confesar su admiración por las clases elevadas. Es de los que defienden los privilegios, las categorías sociales y la ilimitada autoridad de los amos y repudian todo lo que huele a revolución, considerándolo como un crimen contra el derecho de los ricos. Acaso son más ingenuos sus sentimientos anticlericales porque un padre de Perea en la pila de la Plaza, castigando cierto epigrama ofensivo, y lo sumió tantas veces en el agua cuantos versos tenía la composición.

Con Perea discutimos diariamente sobre cuestiones políticas y jamás llegaremos a un acuerdo, Si me tilda de jacobino, yo a él de *mocho*; si censura los actos de la Revolución, yo le echo en cara todos los crímenes de la realeza, ique para algo he leído a Dumas! Cuando argumento bien y mi compadre se siente perdido, busca el apoyo de don Rutilio, y los dos me acometen y me acorralan. Entonces yo acudo a Brunito y ambos defendemos con tal entusiasmo nuestra causa que la tienda, poco a poco, se llena de curiosos escuchas.

Don Rutilio es un viejo inteligente, asiduo a nuestra tertulia, y, como Perea, impugnador del nuevo orden de cosas. Administra una hacienda cercana, cuyo nombre es Pino Solo; —por esto y por sus ideas aristócratas le dicen en el pueblo *El marqués de un Solo Pino.*

Don Rutilio tiene una cultura forjada a base de periódicos; contados libros ha leído, pero su memoria puede competir con la que atribuyen a don José María Iglesias, y aprovecha cualquiera oportunidad para demostrarlo:

—Eduardo VII fue coronado el 9 de agosto de 1902.

—Astracán es un puerto del Mar Caspio.

—Don Porfirio nació en 1830.

En cuanto a Brunito, el farmacéutico del portal de abajo, sí piensa como yo y defiende a capa y espada los procedimientos de la Revolución que tanto disgustan a nuestros contertulios. Bruno habla siempre sin alterarse y en sus labios delgados florece fácilmente la ironía, ventajas que a la hora de la polémica lo hacen superior a nosotros. Su cara lampiña y roja, como una manzana, tiene cierto aire femenino, pero llegado la ocasión Brunito es hombre a carta cabal. ¡Cómo de ben odiarlo los sombrereros, pues hace más de treinta años que no usa en la cabeza ni una mala gorra!

Nuestras discusiones son por el tenor siguiente:

—Villa es un bandido —me grita Perea.

Y Carranza un viejo traidor que tenía preparado un levantamiento contra Madero y la muerte de éste lo salvo —agrega don Rutilio.

—El asesinato del mártir Madero (querrá usted decir) — que fraguaron los obispos en la gran Dieta de Zamora, con beneplácito de los capitalistas michoacanos, quienes después ofrecieron a Huerta (las treinta monedas de que habla la Biblia) y los católicos celebraron con iluminaciones, músicas y cohetes. Sí no, que lo diga Jiquilpan.

Don Rutilio sonríe con desprecio preguntándonos escépticamente:

—Pero ¿para qué ha servido la Revolución?

—¡Para que los peones coman, para que los maestros se multipliquen en las ciudades y en los campos, para que los explotadores del pueblo, negreros de apellidos ilustres, se larguen del país! Y, sobre todo, para que usted tenga libertad para discutir estas cosas sin que lo lleven a la cárcel, como en la época de Don Porfirio.

—Sí, sí, y para que los tontos se lo crean y gobiernen los audaces y vivan sin trabajar los sinvergüenzas.

—Como en todos los tiempos, amigo...

La voz de mi padre es la única que tiene poder para aplacar estas tormentas.

—¡Librenos Dios de que sólo el tema político sirva de pasto a nuestras conversaciones! Los tertulianos no hubieran vuelto a mi tienda o yo les habría ya tirado con las pesas de la romana.

El mostrador de una tienda es el rompeolas adonde van a morir todos los chismes de un pueblo. Se despedazan honras, se censura al Gobierno y se cuentan esas mil y una naderías que sirven de entretenimiento social cuando se reúnen más de cuatro personas.

—¿Saben ustedes lo que se dice? —pregunta alguno.

—Que el presidente municipal mandó poner este letrero en el jardín: "Se prohíbe la caída de las hojas."

—Esas son plantillas, pero no me sorprenden. Ya en otra ocasión empleó en un bando la palabra *pederastras* en lugar de *peatones*, porque le pareció más fina.

—¿Y no vieron anoche en la plaza a Rosario, la hija del tejero? ¡Qué guapa estaba!

—Dicen que se dedica a un comercio escandaloso.

—¡Mejor que mejor! La fruta picada por los pájaros es la más sabrosa.

—Timoteo tiene un chico enfermo. Yo creo que se le muere.

—Pues no le hará mucha falta, porque cuenta con once. La mujer parece carabina de dos cañones: suelta un tiro y le queda otro en la recámara.

—Y todos son bastante pazguatos, ¿no?

—Menos Pedrito, que siquiera sabe escarbarse la nariz. Los otros ni eso discurren y andan con los poros tapados y respirando por la boca como los anfibios.

—¡Qué criada tan fea tiene don Conrado!

—Fea y todo, pero con un *tompate* en la cabeza bien que le sirve. Dicen que por las mañanas entra al cuarto de su amo y le pregunta muy mimosa: "Señor, qué traigo, ¿el *tompate* o el chocolate?..."

—Oiga, compadre Perea, ¿es cierto que para irse a su casa da usted un rodeo muy largo, con tal de no pasar por La Bola Roja? Dicen que el loro del mesón es su enemigo personal y que cada vez que lo ve, rompe a gritarle: "¡Adiós, boticario pendejo!"

Perea se pone rojo de rabia y, como es verdad lo del rodeo y lo del loro, quiere devolverme la burla rápidamente:

—¿Y es cierto, compadrito, que cuando usted llegó a Tacámbaro no tenía más que lo puesto y que se ha levantado vendiendo manteca rancia y vinagre en lugar de vino?

—Así es, compadre; pero su flecha no dio en el blanco. Llegué a este pueblo sin nada, y aquí he prosperado, trabajando y ahorrando (dígalos usted bien) en un combate diario contra mi natural holgazán y dispendioso. Mire usted, gusto de la buena ropa y me visto de dril; en mis dedos lucen por sortijas las señales del sacaclavos y del martillo; mis hombros se duelen bajo el peso de los tercios de azúcar que hay que entregar a los clientes, ¡y todo por defender los diez centavos que cobra un cargador!

Perea se ha calmado como por encanto y escucha sonriente, mientras yo prosigo:

—¿Diversiones? ¿Paseos? No tengo ninguno. Cuando cierro la tienda, por las noches, me acomodo en el banco más oscuro de la plaza y un puñado de cacahuates me sirve de en-

tretenimiento, mientras las gentes giran alrededor del jardín, como bestias de noria incansables. ¡Quizá todos sean más felices que yo, que, a esa hora, me despojo de mi actitud de comerciante y entro en el país de lo etéreo, de lo lejano, de lo absurdo! A veces pienso que las mismas estrellas se burlan de mí y que, mirándome divagar, me hacen guiños maliciosos con sus ojos glaucos.

—Bonito discurso —interrumpe mi padre—, pero hace media hora que este chiquillo te está pidiendo una vela y no lo despachas.

—Sí, papá; pero también es justo que pregone que en Tacámbaro he prosperado. ¡Esta tierra generosa se vuelve pan para dar de comer al hambriento!

Enmudezco, de pronto, porque noto que el chico de la vela, ladinamente, se salió sin pagar.

PARENTESIS RETROSPECTIVO

EFEMÉRIDES.

Cuatro años pueden ser un instante teológico, quizá fueron un sólo día del paraíso; pero en la vida de un hombre cuatro años forman una larga cadena difícil de olvidar. En cuatro años los caracteres se modifican, se tuercen las inclinaciones, los hábitos arraigan o cambia totalmente el ritmo de una existencia. Tengo el ejemplo en mí mismo: fui un iluso embriagado por el éxito de un instante; creí que mi porvenir descansaba en la política, en las letras o a la sombra de los altos amigos; me pareció muy fácil trepar por la escala de Jacob, pero no tuve el discernimiento necesario para comprender que el impulso radicaba fuera de mí, en un hecho exterior y reciente: La Revolución. La Revolución, que en su primera sacudida mezcló nuestras capas sociales y despertó en los de abajo la esperanza de una igualdad por tanto tiempo ambicionada. En este remolino yo fui de los primeros que ascendieron. Entonces los ricos me agasajaron, y esos perso-

najes que acaparan el talento del mundo, esos pavos reales - embañados que se creen poseedores de la suprema verdad tan sólo porque ocupan algún puesto público, me hicieron el obsequio de una de sus sonrisas. "¡Valgo mucho!", pensaba yo, en gredido por tales distinciones. Pero vino la bancarrota de la democracia y tuve que bajar de prisa los escalones que tan rápidamente había subido. Y llegaron horas tristes de la miseria y desencanto. Carencia de lo más preciso; pan y fe. En tales momentos de amargura no pasaron lista de presentes ni los amigos de arriba, ni los viejos camaradas de placer, ni siquiera los que se decían atados a mí por un perenne lazo de agradecimiento.

Fui sobrestante de una fábrica, con un peso al día por todo salario, pero el dueño me despidió porque los peones no me respetaban, atentos más a jugar *rayuela* que al trabajo.

Fui memorialista pródigo en ripios oficiales; conocí el suplicio lento de las antecámaras y soporté el desdén orgulloso de los porteros de Palacio.

Fui asiduo espectador de la Naturaleza en un jardín público, adonde me llevó la idea desesperada del suicidio; pero el día en que tal ocurrió mi pensamiento se entretuvo mirando trabajar a una araña su tela de hilos invisibles sobre las verdes hojas de un laurel.

Ya mi espíritu enervado por la holgazanería no pensaba sino dislates cuando un amigo me detuvo en la calle y me dijo:

—Tengo una casa de comercio abandonada en Tacámbaro; si usted quiere trabajar, se la fío.

Nobles y generosas palabras que me volvieron a la vida.

Acepté al instante; corrí presuroso para comunicar a mi familia tan fausta noticia y, pocos días después, bajé la cuesta del Canelillo a horcajadas sobre un humilde jumento, con el alma henchida de alegría y un asombro infantil en los ojos. Las casas del pueblo apretábanse a mis pies como un rebaño de ovejas sesteando bajo los aguacates, y las grises

montañas de Tierra Caliente me dieron la impresión de dromedarios que caminaban en un lejano desierto...

¡Cuatro años, mil cuatrocientas sesenta hojas desprendidas de un calendario trivial! en cuyo reverso quedaron impresas efemérides, anécdotas y observaciones sin valor de uno de tantos lugareños! Y digo sin valor, porque ¿quién da importancia a estas pequeñeces de pueblo que solamente dentro del pueblo mismo tienen importancia?

Nos causa más desazón saber que tenemos un apodo que la noticia de que Bélgica fue invadida por el orgulloso prusiano.

Manuel, mi vecino, lleva un lazo negro en la chaqueta -- por la muerte de su perro *Terror*. En cambio, el día en que sepultó a su padre, estuvo de serenata, sonriendo a la novia, tras el embozo hipócrita de su tilma. El pueblo entero estalló de indignación y desde entonces nadie saluda a Manuel ni hay vecino que al encontrarle ose dejarle la acera.

El hijo del presidente municipal se jacta de que no le gustan los libros y de que desprecia a las gentes que se emocionan con ellos.

—Pero usted —le repliqué— algo habrá leído, no obstante su repulsión por las letras.

—Nada o casi nada; me dijeron que *Don Quijote* era muy divertido, comencé a leerlo y no pude pasar del primer capítulo. Después me prestaron un libro que se llama *Otelo*, de un tal *Chakespeare* (!!), pero no me impresionó ni pizca, seguramente porque ese día mataron un puerco en mi casa y, cuando leí que el negro asesinó a su mujer de una puñalada, recordé al puerco abierto en canal, chorreando sangre, palpada con mis propias manos, y lo de esa señora *Desdemona* ningún efecto me hizo.

—Amigo, es envidiable su poética y poderosa fantasía.

No comprendió mi respuesta o se hizo el desentendido. Sin embargo, cuando él llega a mi tienda, dejó los *Estudios*

indostánicos, de Vasconcelos, y me dedico a oír acuciosamente los despropósitos de mi paisano.

DISQUISICIONES DE UN PEQUEÑO FILÓSOFO.

Llegó *Tití*, mi sobrino, a pasar una temporada a nuestro lado y a invernar, como las golondrinas, bajo un alero propio.

Tití cumple apenas cinco años, pero ya es un hombrecito formal que sabe muchas cosas de la vida y que, si no las sabe, las indaga. Es niño feúcho, de morros abultados, de una naricilla gruesa y respingona, a la que él llama *porrón*, pero es inteligente y simpático y muy amigo de charlar y departir aun con las personas que no conoce. Conmueva oírlo referir cómo murió su padre y los extremos de dolor a que llegaron él y sus seis hermanitos:

—A los que fueron a sacar a papá yo les tiré con piedras, pudieron llevárselo porque Dios le mandó un recado a mi mamá con el padre Benito diciendo que lo esperaba en el panteón. Nosotros bien queríamos esconderlo en la covacha del descansillo. Allí nadie lo hubiera encontrado.

—Entonces esa corbata negra que traes, ¿es por el luto de tu papá? —preguntóle don Rutilio, atusándole el alborotado mechón que le bajaba hasta los ojos.

—¡La corbata y todo, ya lo creo! ¡Con decirle que los frijoles que nos dan en casa también son negros por el luto!

El niño tuvo muy mala suerte al hacer el viaje de Pátzcuaro a Tacámbaro; llovió mucho y les cayó una pedrisca horrible cuando atravesaban Llano Grande. *Tití* soportó la lluvia sin chistar, pero los golpes del granizo le hicieron perder la paciencia y exclamar enfadado:

—Vamos a meternos en un zaguán.

—Aquí no hay zaguanes, niño —le contestó el espoli- que.

—Pues me choca que en una calle tan grande no tengan una sola casa.

Ya después estuvo encantado en el pueblo, y así lo decía en las cartas que me dictaba para su hermano Javier:

"Vente con nosotros, pero que sea pronto, antes que se seque una laguna muy grande que tenemos aquí cerca, donde hay peces domesticados que no se tragan a la gente.

"Tenemos también mucha fruta y los tíos no la guardan en la cómoda, como mamá. La cuelgan en los árboles para que los ratones no se la lleven.

"Todos los días compro alfajor y atravieso solo la calle, sin que me apachurren los coches. ¡Ah! Te diré que los coches de aquí no son como los de allá. Aquí sólo llevan dos ruedas gordas, dos tablas, y los estiran con dos vacas que asoman los cuernos detrás de un cajón.

"La leche tiene espuma, como las gaseosas, y es todo tan rico, hasta los postes, que los tumban, los asan y los venden en rebanadas en un puesto que está frente a la tienda. Cuando tú llegues ya te llevaré a comprar, pero no pidas un centavo de madera, porque no te despacharán pronto. Pide un centavo de *quiote*, y así sabrás cómo son de dulces los postes que se dan aquí.

"Termino de escribirte porque voy a buscar un loro chiquito que canta en el corral. Tía Rebeca dice que no es loro, que se llama grillo, pero si yo lo agarro lo enseñaré a hablar, a rezar y a tocar la corneta, lo mismo que los loros grandes.

"Tu hermano, digo,

"*Tití.*"

La familia Vélez nos invitó a su casa de Canícuaro, que parece una hermosa acuarela trazada por el pincel maravilloso de mi paisano Gilberto Chávez. Huerto frondoso, estanque de turquí, molino cuyas aspas ilustraron un viejo tomo del *Quijote*, capilla perfumada por el copal y el romero.